



Fernando Carrión y Paulina Cepeda, editores

Ciudad pandémica glocal





© 2022 FLACSO Ecuador Marzo de 2022

ISBN: 978-9978-67-595-3 (impreso)

FLACSO Ecuador

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro, Quito-Ecuador Telf.: (593-2) 294

6800 Fax: (593-2) 294 6803 www.flacso.edu.ec

Ciudad pandémica glocal / editado por Fernando Carrión y Paulina Cepeda.
Quito : FLACSO Ecuador, 2022 vii, 412 páginas : fotografías, gráficos, tablas.

Incluye bibliografía

ISBN: 9789978675953 (impreso)

CIUDADES ; SOCIOLOGÍA URBANA ; CULTURA ;
TECNOLOGÍA ; POLÍTICA URBANA ; ECONOMÍA ;
GÉNERO ; SALUD ; PANDEMIA ; COVID-19 ; AMÉRICA
LATINA. I. CARRIÓN, FERNANDO, EDITOR II. CEPEDA,
PAULINA, EDITORA

307.76 - CDD

Reproducción social, pobreza de tiempo y pandemia

Araceli Damián¹

Introducción

La pandemia provocada por el Covid-19 nos obliga a revisar las consecuencias que el confinamiento ha tenido en el bienestar de la población, no sólo por la reducción de los ingresos y el empleo, sino también por las modificaciones en la organización del trabajo al interior de los hogares, aumentó el tiempo dedicado al trabajo remunerado a distancia, mantuvo a los estudiantes en casa y, por tanto, modificó la distribución de las cargas de trabajo doméstico y el cuidado. En este capítulo reflexionaremos sobre las afectaciones que sufren por la pandemia los hogares de acuerdo con su condición socioeconómica. Posteriormente, nos referiremos a la importancia de incorporar la variable de tiempo en las mediciones del bienestar y la pobreza. Revisaremos las propuestas que han realizado distintos autores al respecto y explicaremos la metodología para medir la pobreza de tiempo que hemos utilizado en nuestras investigaciones en México. Finalmente, presentaremos algunos datos sobre las afectaciones en la Ciudad de México (CDMX).²

¹ Directora General del Consejo de Evaluación de la Política Social del Gobierno de la Ciudad de México (Evalúa Ciudad de México) y Profesora-Investigadora con licencia de El Colegio de México. araceli.damiang@gmail.com

² Es importante mencionar que para este capítulo retomamos algunas de las reflexiones teóricas sobre la pobreza de tiempo publicadas en Damián (2014).

Las consecuencias de la pobreza derivadas de la pandemia

La intensidad con la que los desastres, y en este caso específico la pandemia, afecta a la población depende de la magnitud y prolongación de tales eventos, así como del grado de pobreza, la ubicación de las viviendas, el acceso a los servicios básicos en éstas (agua y drenaje), al igual que el acceso a los bienes y servicios públicamente proveídos y los relacionados con el cuidado de la salud. Por otra parte, la pandemia trajo consigo una reorganización social de los tiempos dedicados al trabajo remunerado, al doméstico (incluyendo el cuidado de otros en el hogar), a la educación, el consumo y el ocio, afectando en mayor medida a las mujeres, quienes además de haber perdido en mayor proporción su empleo, quedaron por lo general a cargo del cuidado de los menores en casa y de las labores domésticas.

La pandemia profundizó las desigualdades y aumentó las carencias en un número importante de hogares. Lo anterior debido a que la población en situación de pobreza tiene una probabilidad más elevada de padecer eventos como la muerte o incapacidad permanente para el trabajo de algún miembro; la pérdida de la capacidad de pago de vivienda en renta o en proceso de adquisición, mayor ocurrencia de enfermedades, particularmente en las ciudades debido a la elevada concentración poblacional. Ante las pérdidas de empleo o ingreso se pone en riesgo el patrimonio básico y no básico, con lo que aumenta la pobreza en otras dimensiones.

Existen grupos de pobres urbanos que son más susceptibles a los efectos negativos de las pandemias. Por ejemplo, la población en situación de calle, que por lo general está sub registrada, las personas que habitan viviendas con hacinamiento y los hogares que tienen una proporción elevada de población vulnerable (mayores de 60 años, personas con diabetes, obesidad o problemas cardiovasculares). De igual forma, las personas en situación de pobreza suelen ser más afectadas en términos de su salud y estar más expuestas a contagios al pasar una cantidad de tiempo importante a la intemperie, ya sea por la espera para tomar el transporte público o porque trabajan en la calle, llevan bienes y servicios a domicilio (actividad que aumentó durante la pandemia) o atienden al público en

espacios al aire libre. En todas estas circunstancias están más expuestos, por ejemplo, a los cambios de temperatura, la lluvia, etcétera, que pueden afectar su condición de salud. También son los estratos más bajos los que están en mayor riesgo de contagio, tanto por el uso más elevado del transporte público o por laborar en instalaciones inadecuadas, por la falta de ventilación y de equipo para protegerse (cubre bocas, jabón, etcétera), así como por estar en lugares con insuficiente espacio para mantener la sana distancia.

En lo que se refiere al ingreso por trabajo (salarios y negocios), los hogares pobres dependen en mayor medida de este tipo de ingresos y la reducción observada en el empleo les causó grandes estragos. De igual manera, al estar sujetos a más afectaciones de salud o a la posibilidad de sufrir la muerte de los ocupados en el hogar, su ingreso se ve fuertemente impactado, particularmente en los hogares que carecen de seguridad social. El ingreso disponible también bajó porque los ocupados redujeron el número de días trabajados, como consecuencia del daño causado por la pandemia a la actividad productiva de la que dependen. Como veremos fueron particularmente afectados los ocupados en actividades informales (comercio ambulante) o los que trabajan en servicios, como restaurantes, cines, etc., cuyo ingreso depende de la circulación o asistencia de clientes.

Aun cuando se redujo la posibilidad de mantener un empleo o el número de horas trabajadas fue menor, hubo diversos efectos relacionados con esto que impactaron más a las mujeres, ya que se incrementaron las horas requeridas para el cuidado de otros miembros del hogar por enfermedad, o porque los menores se quedaron en casa en vez de ir a la escuela, o porque se amplió la necesidad de preparación de alimentos en casa. Antes de examinar más detalladamente esos impactos, en la siguiente sección presentaremos una discusión de carácter teórico metodológica concerniente a la relevancia de considerar la disponibilidad de tiempo en la medición del bienestar de las personas.

Pobreza de tiempo, algunos elementos para su comprensión

Partimos del hecho de que la obtención de la riqueza en los distintos sistemas sociales se basa no sólo en la propiedad de los medios de

producción, sino también en la disposición de tiempo para ser empleado en un trabajo remunerado. Por ello, la regulación de la jornada de trabajo se presenta como parte de la lucha de clases, por los límites que impone tanto al trabajador como para la explotación.

Por otra parte, cuestionamos el abordaje que se hace en los análisis microeconómicos y la idea que impera en nuestra sociedad en torno al concepto del hogar “ideal”, en sentido weberiano. En este se asume que todos los integrantes del hogar son adultos que compiten en el mercado laboral y adquieren todo lo que requieren, para su sobrevivencia y satisfacción, en el mercado de bienes y servicios. Por consiguiente, realizan todas sus comidas fuera del hogar y contratan los servicios de lavado, planchado y aseo del hogar. La satisfacción de necesidades sólo depende del ingreso. Bajo esta concepción se cree que los requerimientos de tiempo en los hogares sólo se asocian con el número de horas dedicadas al trabajo remunerado y al consumo.

Este modelo, sin embargo, tiene serias dificultades para funcionar, fundamentalmente por no considerar otros aspectos que afectan el bienestar de los hogares. En primera instancia el modelo ignora la existencia de hogares con requerimientos de crianza de menores, donde la intervención de la fuerza de trabajo familiar es prácticamente inevitable. Además, al determinar el nivel de bienestar en los hogares se ignora la necesidad de contar con el tiempo necesario para las actividades de la reproducción social que se llevan a cabo dentro de éstos, como cocinar, lavar, el cuidado de otros, etcétera. Uno de los aspectos más relevantes por los que se requiere contar con tiempo para estas actividades se asocia con la necesidad de asegurar la transmisión de conocimientos y habilidades entre generaciones, así como establecer lazos fraternales y de amor. Al respecto Giörgy Markus (1985[1971]: 22) planteó que:

[...] las capacidades y las necesidades humanas desarrolladas en el pasado se encuentran ya, como hadas madrinas, en su forma objetivada, a la cabecera de su cuna, en un mundo en el cual los resultados de toda la precedente evolución social están ya a su disposición en forma material, le es posible empezar su desarrollo no en la incoación del primer principio, sino en el punto en que las generaciones anteriores lo han dejado.

No obstante, para que el ser humano pueda sacar el mejor provecho de tales desarrollos es necesario que logre contar con “las cualidades humanas específicas que permitan el uso “adecuado” de los objetos del trabajo”. Para que se dé esta condición se requiere de la transmisión intergeneracional y la socialización del conocimiento previamente desarrollado. La falta de tiempo de los adultos para esta actividad repercute negativamente en la sociedad, ya que los niños con escaso cuidado no adquieren las habilidades para lograr su pleno desarrollo, e inclusive pueden presentar patologías sociales como consecuencia del abandono o sufrir accidentes graves al ser dejados solos en casa por la necesidad de ir a trabajar.

El modelo ideal de hogar tampoco considera que sus integrantes necesitan realizar trabajo doméstico ya que, aun cuando cuenten con equipos ahorradores de tiempo requerido para esta actividad (lavadora de ropa, secadora, etc.), no se ha logrado robotizar la producción doméstica al cien por ciento, puesto que es necesario realizar otras actividades, como el abastecer el hogar, limpiar la casa, tender camas, planchar, sólo por poner algunos ejemplos. El empleo de servidores domésticos o la crianza de menores en establecimientos especializados pueden disminuir fuertemente esta necesidad, pero no la elimina. Además, el costo por estos servicios es muy elevado con relación al salario promedio de un trabajador. Otros dos elementos ignorados en el esquema ideal de hogar en el capitalismo son: el tiempo requerido para la interacción social y la autorrealización. Estos aspectos han sido abordados, con ciertas coincidencias, por Julio Boltvinik (2005) y Meghnad Desai (2000).

El tema de la necesidad de tiempo para trabajo doméstico y cuidado de menores ha sido discutido no sólo por los estudios con perspectiva de género, sino que inclusive autores inscritos dentro de la corriente principal han llamado la atención sobre la necesidad de incorporar el tiempo dedicado a tales actividades en los modelos neoclásicos y en la función de utilidad. Becker (1965) fue uno de los pioneros en ese sentido, al introducirlo en su modelo para tratar de explicar la toma de decisiones al interior de los hogares. Consideró que la distribución de las cargas de trabajo (pagado y no pagado) al interior de los hogares depende del valor relativo del tiempo disponible de los adultos. Estableció la existencia de un costo monetario para las actividades que se realizan fuera del mercado,

que debe ser considerado en la función de utilidad de los hogares, ya que el tiempo dedicado a éstas podría ser utilizado productivamente.

Para él, un hogar es realmente una ‘pequeña fábrica’ que combina bienes, materias primas y trabajo para limpiar, alimentar, procrear y producir bienes útiles.³

Desde otra perspectiva, existen estudios que han llamado la atención sobre la persistencia de la sensación de escasez de tiempo aún en una sociedad con nivel de ingresos elevado (véase por ejemplo Goodin et al., 2008). Los economistas tradicionales suponen que, una vez llegado a cierto nivel de ingreso, los individuos optan por un mayor tiempo libre, pero se ha observado que aun cuando esto ocurra no se elimina la sensación de falta. Para explicar tal situación es pertinente retomar a Linder (1970)⁴, quien planteó que lo anterior se debe a que los economistas han supuesto (y por tanto han hecho creer) que la utilidad se obtiene al momento mismo en que la oferta se cruza con la demanda, asumiendo que el consumo es instantáneo y que, por tanto, no se requiere tiempo para realizarlo. Sin embargo, continúa el autor, para que la utilidad (definida por él como el bienestar material y espiritual) se pueda alcanzar se requiere de tiempo para consumir el bien. Al elevarse el número de bienes comprados se incrementa el tiempo requerido para consumirlos, pero la limitada disponibilidad de este recurso (todos contamos con la misma cantidad de horas por día), significa que las personas no logran consumirlos del todo, por lo que la opulencia resultante es parcial y no total, y toma la forma solo de acceso a bienes. Por tanto, para Linder, la opulencia total es una falacia lógica. Si llevamos este razonamiento también a la amplitud y diversidad de tareas que realizan ahora los seres humanos, por ejemplo, el mayor tiempo que se requiere para el traslado de ida y vuelta al trabajo o la escuela, entonces la más elevada participación de las mujeres en el mercado laboral sin una reducción proporcional en su participación en las labores domésticas y de cuidado, el involucramiento creciente de los hombres en la crianza, el tiempo que se pasa ahora frente al televisor o juegos

³ Para las críticas a su modelo, véase Damián (2014).

⁴ Es importante señalar que Linder fue pionero en el análisis de las limitaciones del modelo económico, sus aportaciones y marcos teóricos siguen siendo vigentes y han servido de base para desarrollos posteriores.

electrónicos, entre otras actividades, incluyendo las del ocio, no sorprende la sensación de escasez de tiempo.

Al aplicar las críticas de Linder, pero ahora a la forma como se mide la pobreza, se puede observar que, por lo general, en los métodos de medición se asume que los hogares sólo requieren de un nivel dado de ingreso para satisfacer sus necesidades, sin tomar en cuenta que la satisfacción requiere, como hemos visto, de la disponibilidad de tiempo. Por ejemplo, en materia de alimentación, se necesita no sólo de la compra de los insumos (alimentos crudos), sino también tiempo para su preparación y consumo. En consecuencia, se puede afirmar que el ingreso, por sí solo no permite establecer el nivel de bienestar de los hogares.

El tiempo para la socialización es uno de los elementos que, a decir de Lord Meghnad Desai (2002), están ausentes cuando se mide el nivel de bienestar de una sociedad, ya que por lo general se limita a expresar su desarrollo en términos del Producto Interno Bruto (PIB) o del ingreso promedio por habitante. El autor afirma que a pesar de que la mayoría de los habitantes de los países desarrollados no son pobres, en términos materiales, su nivel de bienestar es bajo. También pone en tela de juicio la idea de que el bienestar crece al incrementarse el ingreso de los hogares, ya que nunca se toma en cuenta el costo social que implica esto. Por ejemplo, se pasa por alto el costo personal y económico del creciente número de horas de traslado al trabajo, aspecto que impide en muchas ocasiones que los individuos puedan disfrutar del tiempo para desarrollar actividades no relacionadas con el trabajo, que satisfacen necesidades fundamentales del bienestar, como la interacción social. Desai afirma que en el pensamiento económico tradicional no importa si la necesidad de alimentarse se realiza de manera individual, social o familiar. Sin embargo, sostiene que comer acompañado, disfrutar de la compañía de otros, es para el ser humano más importante que el hecho de comer en sí mismo. En consecuencia, el bienestar debería ser medido en función del tiempo destinado a las actividades sociales que los individuos pueden realizar. Su propuesta no ha encontrado eco en los estudios de pobreza y bienestar, no obstante, se han realizado algunos intentos para incorporar la variable del tiempo disponible en los hogares en las mediciones de pobreza, aspecto que veremos en la siguiente sección.

Algunas propuestas para la incorporación del tiempo en la medición de la pobreza

Diversos autores han reconocido la necesidad de considerar el tiempo como elemento determinante del nivel de vida, sin embargo, en la mayoría de los casos, no se ha incorporado en el análisis de la pobreza. Por ejemplo, Citro y Michael (1995), quienes encabezaron un comité encargado de revisar el método oficial para su medición en los Estados Unidos, reconocieron que dos familias con similares recursos económicos pueden tener una vasta diferencia en la disponibilidad de tiempo y que entonces, de alguna manera, debe ser tomada en cuenta para determinar su bienestar material. El comité revisó las propuestas desarrolladas tiempo atrás por Vickery (1977) y Garfinkel y Haveman (1977), quienes realizaron medidas alternativas en ese país considerando el tiempo disponible para el trabajo remunerado y no remunerado de los adultos. Sin embargo, el comité encabezado no llegó a ningún acuerdo de cómo incorporar este recurso y, por tanto, lo excluyeron.

En América Latina, Oscar Altimir (1979: 20), autor del método de medición de la pobreza de la CEPAL, afirmó que los recursos de los hogares están constituidos por el tiempo y las habilidades de sus miembros, que pueden aplicar a actividades remunerativas o a otros quehaceres, dentro del condicionamiento impuesto tanto por los mercados de trabajo como por el medio social. No obstante, optó por utilizar, como se sigue haciendo hasta ahora, al ingreso como la única variable para la medición de la pobreza.

Existen pocas propuestas alternativas, y los resultados varían de manera considerable⁵. El único método que incorpora al tiempo desde una perspectiva multidimensional, es decir, que además de tiempo considera las dimensiones de ingreso y necesidades básicas, es el desarrollado por Boltvinik, mientras que existen otros que son bidimensionales (ingreso y tiempo), entre los que se encuentran los de Vickery (1977) y Burchardt (2008) y, finalmente, existe un método unidimensional de tiempo, desarrollado por Goodin et. al. (2008) que midieron la pobreza utilizando

⁵ Para conocer con mayor detalle todas las aproximaciones para medir el tiempo disponible de los hogares e incorporarlo en los cálculos de pobreza y desigualdad, véase Damián (2014).

el tiempo disponible de los adultos, sin incluir el ingreso. La principal diferencia de todos los métodos con el de Boltvinik (1992) es que tienen como objetivo determinar el máximo número de horas que los adultos del hogar pueden dedicar al trabajo doméstico y extradoméstico, mientras que Boltvinik busca establecer la carencia de tiempo libre en el hogar bajo una perspectiva de derechos, como la jornada máxima de trabajo legal y, por tanto, es el único método que permite establecer en qué medida los miembros de los hogares satisfacen inadecuadamente sus necesidades humanas, lo que limita su posibilidad de alcanzar la autorrealización o florecimiento humano.

La disponibilidad de tiempo y su incorporación a la medición multidimensional

Desde el enfoque de las necesidades humanas, Boltvinik (1992, 1999, 2005) ha planteado que los hogares disponen de seis fuentes de bienestar, entre las que se encuentra *el tiempo disponible para educación, recreación, el descanso y las tareas domésticas*.⁶ Siguiendo a otros autores (Marx, Markus, Sen, Maslow; Doyal y Gough, Lederer; Kamenetzky), establece que las necesidades y capacidades humanas son el elemento constitutivo del florecimiento humano.⁷ El concepto de pobreza no se ubica en este eje, sino en el de nivel de vida, que contiene los elementos económicos de dichas necesidades y capacidades humanas.

El autor plantea, además, que existen tres tipos de satisfactores de las necesidades humanas: los objetos (bienes y servicios), las relaciones y las actividades. En todos los casos se requiere que el individuo invierta tiempo

⁶ Las otras cinco fuentes son: el ingreso corriente (monetario y no monetario); los derechos de acceso a servicios o bienes gubernamentales de carácter gratuito (o subsidiados); la propiedad, o derechos de uso, de activos que proporcionan servicios de consumo básico (patrimonio básico); los niveles educativos, las habilidades y destrezas, entendidos no como medios de obtención de ingreso, sino como expresiones de la capacidad de entender y hacer; y la propiedad de activos no básicos y la capacidad de endeudamiento del hogar.

⁷ El concepto de florecimiento humano proviene de la filosofía analítica y es similar al de autorrealización propuesto por Maslow (1987 [1954]) en su famosa jerarquía de las necesidades humanas. Para Boltvinik, el florecimiento humano se refiere a la posibilidad de que los seres humanos desplieguen todas sus capacidades y potencialidades humanas (en un sentido positivo) y que, mediante ello, logren la autorrealización.

personal. Sin embargo, mientras que en algunos casos el tiempo es un satisfactor secundario, como el que dedicamos a comer, en otros, cobra mucha mayor centralidad, como es el caso de las relaciones y las actividades.

Estos satisfactores dependen de las seis fuentes de bienestar con las que cuentan los hogares, que son evaluadas a través del Método de Medición Integrada de la Pobreza (MMIP), combina el método de la línea de pobreza (LP), el de necesidades básicas insatisfechas (NBI) y el índice de exceso de tiempo de trabajo (IET). Cabe resaltar que una preocupación fundamental de Boltvinik, al elaborar este último índice, fue determinar si los hogares cuentan con tiempo libre una vez que han cubierto todas las demás necesidades.

El autor considera que la cantidad de tiempo libre está, en parte, socialmente determinada, ya que “depende de las costumbres sobre la duración de la jornada de trabajo, sobre los descansos semanales y anuales, inversamente de los ingresos del hogar (los hogares con problemas de ingresos se verán impulsados a *intentar* alargar las jornadas de trabajo o a incorporar más miembros a dicha actividad) y de preferencias individuales” (Boltvinik, 2000: 5). Asimismo, la necesidad de tiempo de recreación varía de acuerdo con la edad de los miembros del hogar. Por ejemplo, el tiempo necesario para actividades lúdicas es mayor para los niños y adolescentes que para los adultos.

El IET se construye considerando: 1) el tiempo dedicado al trabajo extradoméstico por todos los miembros del hogar de 12 años y más; 2) el número de miembros normativamente disponibles en el hogar para trabajo doméstico y extradoméstico, el cual se calcula a partir de aquellos entre 15 y 69 años de edad; 3) los requerimientos de trabajo doméstico, que dependen del tamaño y estructura del hogar; de la presencia de menores de hasta 10 años y su acceso a servicios de cuidado y educación; y de la intensidad de trabajo doméstico, que depende de la disponibilidad de equipos ahorradores de trabajo doméstico; y de la necesidad de acarreo de agua; 4) el tiempo necesario para el estudio; 5) las jornadas realizadas, en su caso, por trabajadores domésticos remunerados; 6) la presencia de

incapacitados en el hogar.⁸ La pobreza de tiempo y los distintos componentes del IET permiten obtener una dimensión de la pobreza que los otros métodos ocultan.

Por ejemplo, el no contar con agua potable dentro de la vivienda implica no sólo un problema de higiene sino también la necesidad de acarrearla, lo cual requiere tiempo y esfuerzo e influye en el bienestar del hogar.

Este índice supone, por otro lado, un tiempo necesario para actividades de cuidado y mantenimiento personal, tales como el sueño, la alimentación y el aseo personal, que normativamente se considera de 10 horas diarias. Asimismo, supone una norma de hasta 8 horas diarias a trabajo doméstico y/o extradoméstico, con lo que el tiempo que Boltvinik denomina *obligado* resulta de 18 horas diarias. Se considera deseable que los adultos dediquen entre 2 y 4 horas por día al tiempo libre y otras tantas al traslado a escuela o trabajo o alguna otra actividad (trabajo comunitario, etc.). El autor considera al tiempo libre como la antítesis del tiempo obligado y enfatiza que en el capitalismo se vuelve crucial la disponibilidad del tiempo libre, ya que difícilmente la población podrá desempeñar trabajos gratificantes, por tanto, el tiempo libre se vuelve el espacio fundamental para que el ser humano pueda desarrollar y desplegar todas sus capacidades y potencialidades, y con ello lograr la autorrealización.

Los parámetros normativos con los que se mide la pobreza (número de horas requeridas para trabajo doméstico y extradoméstico, número de horas que normativamente podrían dedicar las personas de 12 años y más a estos tipos de trabajo, la determinación de quiénes normativamente los podrían realizar según la edad, condición de actividad, o discapacidad, número de horas necesarias para el cuidado personal, descanso y ocio, entre otros), fueron revisados por Damián (2014) quien, además, propuso una nueva formulación del índice de tiempo de exceso de trabajo. Con base en dicha revisión, se ha calculado que la pobreza de tiempo en México fluctúa de manera casi constante alrededor de 50%, observándose cambios sobre todo con relación a los ciclos económicos. Por otra parte, existe una relación directa entre crecimiento económico y pobreza de tiempo, es decir que esta última aumenta en periodos de crecimiento y baja en los de

⁸ Para conocer la metodología del índice IET y una evaluación de los parámetros normativos utilizados para su cálculo, véase Damián (2003).

recesión, debido a que en época de elevación de la actividad económica se amplían las posibilidades para que los miembros del hogar dediquen más tiempo a trabajo remunerado (Damián, 2004; 2014).

Para explorar las diferencias en el uso de tiempo según estratos de pobreza, utilizando lo propuesto por Damián, en 2009 realizamos una comparación del dedicado a las principales actividades cotidianas, por las personas mayores de 11 años en México (tabla 1). Como se observa, la población cuyos hogares fueron clasificados como pobres de tiempo dedican más horas a trabajo doméstico, sobre todo al cuidado de otras personas en el hogar (menores, enfermos y adultos mayores). De igual forma, se constata una mayor dedicación a trabajo remunerado y traslados al trabajo y escuela.

Tabla 1. México: Horas dedicadas por la población de 12 años y más a diferentes actividades, según pobreza de tiempo, 2009

Año	2009		
	Pobres	No pobres	Diferencia
Tipo de actividad/Estrato de pobreza de tiempo			
a) Quehaceres domésticos	21,8	20,4	1,07
b) Cuidado de otros ^a	13,3	6,6	2,02
c) Trabajo no remunerado (a + b)	41,3	15,8	2,62
d) Trabajo remunerado	32,8	16,7	1,97
e) Traslado	4,2	3,0	1,36
f) Todas las ant. (\sum a..e)	72,1	46,7	1,54
g) Arreglo personal	6,1	6,3	0,97
h) Estudio	6,2	7,5	0,83
i) Recreación	9,1	10,2	0,90
j) Comer	7,5	7,8	0,96
k) Descanso	4,5	4,6	0,97
l) Dormir	53,3	54,5	0,98
m) Ver televisión	11,1	11,8	0,94

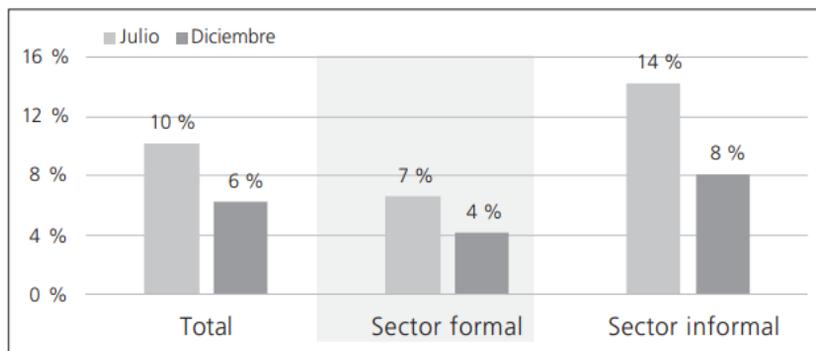
Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Uso del tiempo 2009, Inegi (2009)

Asimismo, se constata que existen importantes diferencias en el tiempo de dedicación a actividades de cuidado personal, estudio y ocio. La discrepancia más relevante se da en el dedicado al estudio, ya que las personas en edad de ir a la escuela, y que viven en hogares con pobreza de tiempo, sólo dedican 83% del tiempo a esta actividad, en comparación con los que no padecen este tipo de pobreza. Algo similar, pero sin diferencias tan fuertes la encontramos en las actividades de recreación y descanso. Esta información nos permite confirmar que el índice de exceso de tiempo de trabajo permite develar una carencia en el bienestar que no se logra identificar al sólo considerar la pobreza de ingreso.

La pobreza de tiempo en la Ciudad de México y los posibles cambios derivados de la pandemia

Las afectaciones derivadas de la pandemia en la Ciudad de México fueron importantes. Como se muestra en el gráfico 1, en julio de 2020 la desocupación alcanzó 10% y, aunque bajó a 6% en diciembre del mismo año, todavía continuaba siendo elevada en el sector informal, el más afectado durante la pandemia. Por otra parte, la baja en la desocupación no significó una reducción de los hogares que sufrieron pérdidas en el ingreso, en tanto que, en ambas observaciones, 62% reportó encontrarse en tal situación (gráfico 2). Hay que considerar además que en una proporción importante de hogares se

Gráfico 1. Ciudad de México: Tasas de desocupación por sector de actividad, julio y diciembre 2020 (las tasas consideran a la población desempleada, descansada o que no pudo salir a buscar un trabajo)

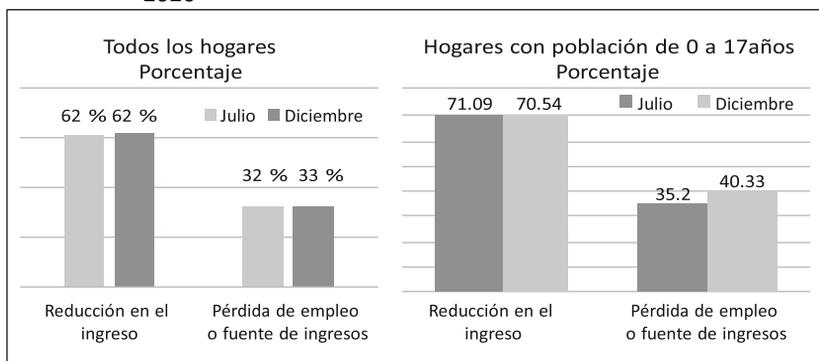


Nota: Se considera en el sector formal aquellas personas que cuentan con servicios médicos como prestación laboral. Se usan factores de expansión a nivel individual. El tamaño de muestra efectivo de la ENCOVID-19 CDMX de julio es de 1.327 y en diciembre de 1.364 individuos de 18 años o más en la población económicamente activa.

Fuente: ENCOVID-CDMX, julio y diciembre de 2020. (UNICEF et al., 2020)

observó un aumento en gastos asociados a la realización en casa de actividades relacionadas con el trabajo remunerado, como el pago en electricidad y servicios de internet, entre otros. Asimismo, los hogares con niños se vieron mayormente afectados en términos tanto de ingresos como de empleo.

Gráfico 2. Ciudad de México: Cambios en el ingreso o en la ocupación de quienes integran el hogar, julio y diciembre de 2020



Fuente: ENCOVID-CDMX (UNICEF et al., 2020).

Ahora bien, no se tiene todavía información que nos permita calcular la pobreza de tiempo en la Ciudad de México en el 2020, lo que nos permitiría comparar los resultados con lo que observamos en 2018. No obstante, presentaremos algunas reflexiones sobre la forma en cómo habría afectado la pandemia en los hogares, particularmente en la interacción que se observa entre pobreza de tiempo e ingreso. Así tenemos que, la pobreza de tiempo en 2018 afectaba a casi la mitad de los habitantes de la capital del país (47.6%), mientras que la pobreza por ingresos ascendía a 52.5% (véase tabla 2). Sin embargo, se pueden identificar diferencias relevantes entre hogares según si sólo presentan carencia en una o ambas dimensiones.

Las personas que presentan la mayor precariedad son las que se ubican en la celda marcada con la letra A del cuadro 2, ya que es población que padece ambos tipos de pobreza y constituye 27,9% del total. En lo que se refiere a la carencia de tiempo, en esos hogares no se cuenta con un número de horas-adulto disponibles suficiente para realizar las labores domésticas y

Tabla 2. Ciudad de México: Contingencia de la pobreza por ingresos y por tiempo, año 2018

Estratos de ingreso	Estratos de Tiempo		
	Pobreza	Sin pobreza	Total
Pobreza	27,9 (A)	24,7 (C)	52,5
Sin Pobreza	19,8 (B)	27,7 (D)	47,5
Total	47,6	52,4	100,0

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares 2018. Inegi (2019).

de cuidados, o bien quienes participan en el mercado laboral lo hacen por arriba de la norma de 48 horas a la semana y, aun así, no reciben el ingreso requerido para evitar la pobreza y llevar una vida digna. La falta de ingreso y tiempo en estos hogares los obliga a vivir en una precariedad generalizada. Su escasez de tiempo puede derivar en problemas asociados a la salud por falta de descanso, también puede provocar serias dificultades para la transmisión intergeneracional de conocimientos, habilidades y capacidades, o abandono de personas dependientes de cuidados por enfermedad y vejez. En estos hogares se experimenta un elevado nivel de estrés por la carencia en ambas dimensiones, lo que puede llegar a detonar situaciones de violencia intrafamiliar, que no se darían si mejorara el bienestar en alguna de las dos dimensiones.

Con la pandemia se espera que haya un incremento importante en el porcentaje de éstas personas por varias razones: 1) la reducción drástica de ingresos, que afectó a más de 60% de los hogares en la Ciudad de México, que llegó a 71% en los que tienen menores de entre 0 a 17 años (gráfico 2). Pero, además, se experimentó una mayor carga de cuidados derivada de la estrategia “Quédate en casa”, debido a cierre de las escuelas, desde preescolar hasta la universidad, quedando en manos de los adultos del hogar la supervisión de menores que toman clases a distancia, pero también se vieron fuertemente afectados los que tienen niñas y niños de primera infancia (hasta los 3 años). La afectación de esta estrategia se vive más intensamente entre las mujeres. Así, según los resultados de la ENCOVID-19 en el 68% de los hogares con menores de cero a tres años y el 59% en los que los menores de 17 años requieren apoyo en tareas

escolares, son exclusivamente mujeres las encargadas de estas tareas. Adicionalmente, en 27.7% de los hogares, las madres participan de manera conjunta con los padres en tales actividades. En cambio, en sólo 3,3% de los hogares el cuidado de los menores de hasta tres años queda a cargo exclusivamente de los hombres y en 5.5% son sólo los padres quienes apoyan en las tareas. (UNICEF et al., 2020)

En lo que respecta a los hogares con pobreza de ingresos, pero no de tiempo (celda C), podemos observar que concentraba a prácticamente un cuarto de la población (24.7%). Consideramos que es altamente probable que con la pandemia también haya aumentado el porcentaje de personas en tal situación, ya que, cuando se da una caída del ingreso los hogares tienden a buscar estrategias para compensar tal situación tratando de incorporar más personas (o más tiempo) al mercado laboral pero no siempre lo logran, o lo que consiguen no compensa la baja en el ingreso. Lo anterior debido a que, como se ha visto en estudios previos, la dificultad de ampliar la participación laboral de los miembros en este tipo de hogares se debe, por lo general, a problemas asociados con el mercado de trabajo y la falta de oportunidades de empleo. Por tanto, con la pandemia y el cierre de pequeños negocios y la pérdida de empleo, este grupo también tenderá a crecer debido al aumento de hogares en los que se experimentó tanto una reducción del ingreso, como la pérdida de empleo de al menos uno de los miembros del hogar. Esto se constata en el gráfico 2, donde podemos ver que, tanto en julio como en diciembre de 2020, un tercio de los hogares reportó la pérdida de la fuente de ingreso de alguno de sus miembros. Esta problemática afectó más a los hogares con menores de hasta 17 años, ya que este indicador pasó de 35 a 40% en los mismos meses, respectivamente.

Finalmente, supondremos que, derivado de la pandemia, la población que se ubica en las celdas B y D se redujo. En lo que respecta a la primera, constituida por hogares cuyo ingreso está por arriba de la línea de pobreza, pero no padecen carencia por ingresos, se debe a que sus miembros trabajan en exceso y, por tanto, son pobres de tiempo, ya que para lograr ese ingreso tienen que sacrificar el destinado al cuidado de otros y el personal, a la educación, el descanso y el ocio. Quizá la celda que más reducciones sufrirá será la D, en la que se encuentran personas en hogares

que no padecen ningún tipo de pobreza y que, por tanto, tienen disponible tiempo libre y sus ingresos están por arriba de lo necesario.

Los cambios en la ubicación de los hogares, según el tipo de pobreza que padecen, de ingresos, de tiempo o ambas, también se verá afectada por otros factores que por el momento no podemos evaluar. En primer lugar, un número creciente de hogares está reportando que al menos uno de sus miembros tuvo síntomas de Covid-19, cifra que en diciembre de 2020 alcanzó un cuarto de los hogares de la Ciudad. De esta población, algunos habrán sufrido pérdida de un familiar o bien las afectaciones a la salud pudieron llegar a ser permanentes e incapacitantes para algunos de sus miembros en edad de trabajar. Todo ello repercutirá en la carga del trabajo relacionado con el cuidado, posible abandono de estudios por miembros que, ante la pérdida de vida o empleo del proveedor principal o reducción drástica del ingreso, tengan que incorporarse al mercado laboral.

Algunos ejemplos de programas públicos frente al Covid-19

En México está en marcha la vacunación para prevenir las enfermedades asociadas al Covid-19, protegiendo primero a la población más vulnerable y, posteriormente, a la que más participa en el mercado laboral, a fin de retomar las actividades con mayor prontitud. La Ciudad de México ha desplegado una serie de programas de apoyo para familias afectadas por la pandemia. Por un lado, cuenta con uno universal, denominado “Mi Beca para Empezar”, puesto en marcha antes de la pandemia, que apoya mediante transferencias monetarias mensuales de aproximadamente 35 dólares de paridad de poder adquisitivo (PPA) a todos los estudiantes inscritos en escuelas públicas desde preescolar hasta secundaria. A través de ese programa se han canalizado apoyos adicionales a las familias con menores de edad inscritos en la educación, para hacer frente a las fuertes caídas de los ingresos. Asimismo, a los adultos que participan en el mercado laboral y que padecen afectaciones a la salud por Covid-19, se les entrega un paquete con medicamentos y una tarjeta con alrededor de 100 dólares de PPA, a fin de que puedan permanecer en casa. Según la ENCOVID-19, más del 90% de las familias que reciben los apoyos

consideran que estos son importantes o muy importantes para la economía.

Reflexiones finales

Es indiscutible que la capacidad de respuesta de los gobiernos nacionales y locales influirá de manera importante en el grado de afectación y prolongación de las crisis económica y social derivadas del Covid-19. Además, a partir de las reflexiones que hemos realizado a lo largo de este trabajo, podemos decir que para el diseño de políticas no se debe considerar sólo los aspectos relacionados con la pobreza de ingresos sino también con la de tiempo, en cuanto que los hogares satisfacen sus necesidades, básicamente, a través de ambas variables.

Finalmente, es importante destacar que, una vez superada la pandemia, será necesario analizar los cambios en los comportamientos de los hogares en términos de su participación laboral (a distancia y en los lugares de trabajo), cuidados (por enfermedad, invalidez o de menores), así como conocer si se produjeron transformaciones relevantes en los indicadores con los que se mide la carencia de tiempo. Considerando los cambios producidos en tales variables, será también importante revisar si se requiere replantear la forma cómo se mide la pobreza de tiempo, si algunas dinámicas en el hogar hacen posible una convivencia más armónica entre trabajo remunerado y no remunerado, o si las desigualdades en la distribución de los recursos de ingresos y tiempo se profundizaron. De igual forma, será relevante conocer cuáles fueron los principales cambios en los grupos que conforman la matriz de ingreso-tiempo y qué tipo de políticas públicas se deben desarrollar para reducir las carencias en ambas dimensiones a fin de mejorar el nivel de bienestar de los hogares.

Bibliografía

- Altimir, Oscar (1979). *La dimensión de la pobreza en América Latina*. Santiago de Chile: CEPAL.
- Becker (1965). "A theory of Allocation of Time". *The Economic Journal*, Vol. LXXV: 493-517. Londres: Macmillan (Journals) Limited.

- Boltvinik, Julio (2005). “Ampliar la mirada. Un nuevo enfoque de la pobreza y el florecimiento humano”. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, CIESAS Occidente.
- (2000). “Pobreza de tiempo”. [Ponencia]. VI Reunión Nacional de Investigación Demográfica, México.
- (1999). “Anexo Metodológico”. En *Pobreza y distribución del ingreso en México*, Boltvinik y Hernández-Laos: 313-350. México: Siglo XXI editores.
- (1992). “El método de medición integrada de la pobreza. Una propuesta para su desarrollo”. *Comercio Exterior*, Vol. 2, N° 4: 354-365.
- Burchardt, Tania (2008). “Time and income poverty”. *CASEreport* Núm.57. Londres: Centre for Analysis of Social Exclusion, London School of Economics.
- Citro, Constance F. y Mitchael, Robert T. (1995). *Measuring poverty. A new approach*. Washington, D.C.: National Academy Press.
- Damián, Araceli (2014). *El tiempo, la dimensión olvidada en los estudios de pobreza y bienestar*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- (2004). “El crecimiento del empleo y las estrategias laborales de sobrevivencia. Apuntes para un debate”. En *Perfiles Latinoamericanos* N°. 25: 59-88.
- (2003). “La pobreza de tiempo. Una revisión metodológica”. En *Estudios Demográficos y Urbanos* Vol. 18, N° 1: 127-162.
- Desai, Meghnad (2000). “Wellbeing or well fare?”. *Public Policy for the 21st Century*, Neil Fraser y John Mills (Eds.): 77-93. Bristol: Policy Press.
- Garfinkel, Irwin y Robert Haveman (1977). “Earning Capacity, Economic Status, and Poverty”. *The Journal of Human Resources* Vol. XII, N° 1: 48-70 Winter, Madison: The University of Wisconsin Press.
- Goodin, Robert E., Rice, James M., Parpo, Antti y Eriksson, Lina (2008). *Discretionary time. A new measure of freedom*. Cambridge: Cambridge University Press.
- INEGI (2019). “Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares 2018”. Disponible en: <https://www.inegi.org.mx/programas/enigh/nc/2018/>
- Linder, Staffan B. (1970). *The harried leisure class*. Nueva York: Columbia University Press.

- Maslow, Abraham (1987[1954]). *Motivation and Personality*. Nueva York: Longman.
- Márkus, György (1985 [1971]). *Marxismo y "Antropología"*. México: Editorial Grijalbo S.A.
- UNICEF, Equide y Evalúa CDMX (2020). „Encuesta de seguimiento de los efectos del COVID-19 en el bienestar de los hogares en la Ciudad de México (ENCOVID-19 CDMX)“ Disponible en:
<https://www.unicef.org/mexico/informes/encovid-cdmx>
- Vickery, Clair (1977). “The Time-Poor: A New Look at Poverty”. *The Journal of Human Resources* Vol. XII, N°. 1: 27-48

